

Leí que cuando alguien ha aprendido a vivir a solas con su propio sufrimiento, apenas le queda nada que aprender. No recuerdo dónde estaba escrito, pero sí que mientras lo leía, mi madre le preguntaba a mi padre si ese verano volveríamos a ir dos meses al Valle de Arán, a la sierra de Guara o a algún otro monte, o que si, mejor que mejor para ella, que a ver si se le ocurría pensar en ella algún día porque siempre estaba pensando en sus cosas, pasaríamos unos días en la playa.

Mi madre soñaba con el mar y con pasar dos semanas, tres semanas y toda la vida junto al mar, porque decía que el cambio de presión atmosférica o el agua salada, o el sol, que apretaba más fuerte, aunque no fuera más bonito que el del monte, la ayudaba a sentirse mejor de los huesos. También decía que el mar la ayudaba a controlar la tensión arterial y que por las noches dormía mejor y que tenía la cabeza más despejada. Que adiós migrañas y dolores de espalda, decía. Y a mi madre resultaba casi imposible llevarle la contraria, porque había tenido una infancia muy dura y había perdido a sus padres siendo adolescente, y además mi hermano mayor aseguraba que lo que caracterizaba a mi madre era la sabiduría, su capacidad para perdonar y analizar la condición humana. Y lo que mi hermano mayor decía era siempre algo razonable. Tampoco resultaba fácil llevarle la contraria a mi hermano mayor, soltara lo que soltara, porque mi madre le daba la razón una y otra vez, aunque afirmara que eso que soltó Caín de que acaso soy yo el guardián de mi hermano era una certeza que debía iluminarnos. Así que aprendí que en casa lo mejor, si uno no quería tener problemas, era tener la boca cerrada, aunque uno creyera que quería a su hermano o a su hermana, hasta el punto de ser su guardián en tiempos de tormenta.

También asocio esa frase, la de conocer todo si sabes vivir con el sufrimiento soldado al cuerpo, a la sensación de la ropa resudada y pegada a la piel después de casi toda la noche. La sensación era algo así como si el algodón de la camiseta y los calzoncillos se hubiera transformado en sucia lana, todavía sobre el cuero de una oveja sucísima. Porque, como tantas otras noches, yo había dormido con las ropas que había vestido a lo largo del día, tumbado en el sofá del salón hasta las cinco o las seis de la madrugada. El piso donde vivíamos no era muy grande y yo compartía habitación con mi hermano mayor; así pues, la única manera que se me ocurría de disponer durante unas horas de habitación propia era aguardar a que todos se acostaran y luego tumbarme en el sofá, sin ponerme el pijama, y despertarme antes que nadie para ir a rematar el sueño a la cama. De esta manera, no compartiría la noche con nadie, ni siquiera con mi hermana pequeña, que era a la que más quería, pero engañaba, o creía engañar, al resto de la familia. Creo que mi padre alguna vez sospechó algo, por la forma en que me preguntaba si había dormido bien, y luego me lo volvía a preguntar a los dos minutos.

Los veranos en que mis padres decidían ir al mar, para que mejorara la salud de una madre que debía de necesitar de la salud para presumir de no consentir las injusticias, así, en general, todas las injusticias, en septiembre yo olvidaba rápidamente los días de playa, sobre todo si mis padres elegían el Mediterráneo. Otra cosa es que decidieran tirar hacia el norte, que a mí me parecía un territorio como para soñar con leyendas. Porque, a mi juicio, en el Mediterráneo no había nada más que agua. El Mediterráneo que se ve desde la orilla es un charco inmenso de agua salada y tibia, y un trozo de mundo pequeño donde se reunía demasia-

da gente, robándome el aire, y un apartamento en el piso número trece de una torre, rodeada de otras docenas de torres, con cientos de apartamentos que, por más que uno barriera, tenían el suelo siempre lleno de arena. La verdad es que yo no terminaba de entender el gusto de mi madre por ir a la playa si tenía que barrer el suelo del apartamento cada vez que entrábamos o salíamos. Y cuando, además, la mitad del tiempo lo pasaba asegurándose de que nos ducháramos para eliminar la sal hasta de los resquicios entre las uñas. No me parecía la mejor actitud de una persona que pretendía ser una soñadora. Supongo que, si soñaba con algo, era con un mundo mejor y más justo, o justo a su medida. Pero en las zonas de vacaciones del Mediterráneo el mundo no es mejor. De hecho, me atrevo a decir que es demasiado mundo.

Sin embargo, las dos o tres veces en que mis padres eligieron el norte, yo disfruté más de la costa. Porque ahí sí que la costa no es solo la arena y el mar. La costa era más grande, porque al darle la espalda al agua, uno veía los dientes de las montañas, que enseguida comenzaban a alzarse tras la cinta de la carretera y el pueblo de pescadores. Primero estaban las lomas verdes, y más atrás y como desdibujados por una neblina, unos picos grises o azules, o dorados al anochecer, pura piedra por la que solo podían subir los tipos más duros. Y mientras tanto, a los oídos llegaban las olas batiendo como en serio contra los acantilados, sacándoles ruidos de tormenta. Y cada dos por tres no nos podíamos bañar porque las olas eran demasiado altas o la resaca demasiado salvaje.

Así pues, cada vez que visitábamos el Mediterráneo, mi problema era conservar la paciencia hasta que regresáramos a casa o al valle de turno. Porque por aquel entonces, mi padre todavía ganaba alguna batalla y, como él también tenía un pasado y había sido niño, conse-

guía que pasáramos parte de las vacaciones donde el aire es más delgado. En las playas del Mediterráneo, el aire parecía pegamento. Y esa expresión, la del aire delgado, se la oí a mi padre, y a día de hoy puedo firmarla como propia, porque las calidades del aire es algo que siento inmediatamente, dado que mis pulmones siguen dañados y me duelen, con arañazos, en cuanto hago demasiado esfuerzo. La paciencia es un arte, decía mi padre, cuando todavía mi madre no había sufrido alguna crisis de ansiedad, alguna de esas crisis de las que culpaba un poco a mi padre porque, aseguraba, junto al mar no le hubieran sucedido. Aunque para mí, esperar a que terminaran los días de mar y comenzaran los de montaña sí que era más una cuestión de supervivencia, o de aprender a vivir con mi propio sufrimiento, como leí en alguna parte, sea o no sea esto una exageración.

Ahora sé que nací con los pulmones encharcados por algo que no era agua, por algo que se llama meconio, algo muy asqueroso, una cagada. Y durante la primera infancia, esa de la que apenas conservo imágenes, pero que deja marcas en la sensibilidad y en las sensaciones, algo así como un nudo de cicatrices, aprendí a no moverme o a moverme muy despacio para recuperar fuelle. En ocasiones, me veo a mí mismo durante horas y horas en la esquina de un pasillo sombrío, sentado, solo, abrazando las rodillas, con el agua de los ojos como coagulada, escrutando sin abrir la boca para pronunciar ninguna palabra, porque no tenía aliento para nada que no fuera respirar, respirar lo justo para mantenerme vivo. Y preguntándome si el aire que comía era suficiente como para vivir mucho más. Mientras tanto, figuras humanas, de mi padre, de mi madre, de mi hermano, pasaban por delante de mí, cerca de mí, atareadas, atendiendo, supongo, sus